

## PRÓLOGO

Hay historias que podrían haber sido pero que, sin motivo explicable, no fueron. Amores perfectos que la diosa Tique, la que después llamaríamos Fortuna, tuerce por motivos cuya comprensión resulta inalcanzable. Rupturas inesperadas que convierten amores en desencuentros, de besos apasionados que despiden. Y lo más curioso es que, en general, estos relatos nos apasionan, nos intrigan, como si buscáramos en ellos alguna explicación que diera sentido al drama. Algo que alejara nuestras incertidumbres ante Cupido haciéndonos creer dignos del perpetuo abrazo de Eros y Psique.

Hay momentos en los que Fortuna nos besa en la boca ordenando los elementos menos coincidentes y nos abre el telón del escenario perfecto. Ese en la que una historiadora revisando por enésima vez el legajo que sus desengañados ojos reconoce, pasa las páginas con la agilidad propia de la frustración y de pronto se emociona, sabe, siente, en lo más profundo de su ser que está viviendo un instante único, mágico. Un relámpago que se alarga sin medida, rompiendo los criterios del tiempo y le sumerge en la historia, es decir, en la conciencia de estar frente a una escena que se desvela nítida y apasionante ante su mirada. A partir de ahí agradecerá, ya siempre, ese auténtico regalo de Clío.

Hay personas que tenemos la suerte de escoltar a otras en esa aventura que es historiar. Aprendices de Sophia que aspiramos a evocar su sabiduría en un perpetuo noviciado entregado y jocoso que se amplía en otros, transformado, diverso y esperanzado. Formamos parte de un amplio grupo de entusiastas, no siempre comprendidos, capaces de luchar hasta la extenuación por descifrar el gesto de quien escribió una línea borrosa con doscientos años; de profundizar en una frase hasta sacarle el aroma de quien la pensó hace siglos, de dudar ante lo incuestionable por puro placer, el de revolver, el de reír, el de debatir.

Pues bien, aquí se unen estos tres componentes. En este libro encontraremos un amor tórrido que se precipita hacia el abismo plasmado en un relato sesgado e incompleto. Unas cartas que fueron escondidas por un amante

infiel, desconfiado y acobardado ante las insistentes tentativas de su dama. Un hombre que jamás sospechó que la ávida curiosidad de una investigadora desenterraría sus pasiones desempolvando las misivas que él celosamente ocultara entre los fútiles expedientes de su notaría. Tampoco podía imaginar que esa mujer del siglo XXI, fuera capaz de desentrañar el nombre de su amada –nunca mencionado de manera explícita–, el de él, el de su legítima mujer y los avatares de las familias de ambos.

Pero Elvira Sanjuán Sanjuán (así, todo junto porque separado, como ella satiriza, es el Santo), ha sido capaz de transmitirnos el estremecimiento del descubrimiento y de resolver con empeño la ardua transcripción de las cartas. Después supo desentrañar los nombres completos de los autores, recrear sus vidas, evocar los años en los que anteriores misivas viajaban ansiosas de unas manos a otras y de meditar sobre quienes pudieron ser cuando enmudeció su amor.

Y yo, dichosa por haberla podido acompañar en esta magnífica aventura, me siento feliz de que pueda ver la luz, de que su esfuerzo sea visibilizado y de que conozcamos, gracias a su saber hacer, este retazo apasionado de la vida de Alicante en el XIX.

Inmaculada Fernández Arrillaga  
Penáguila, luna de sangre en abril de 2015

## INTRODUCCIÓN

Fue, desde luego, un golpe favorable del azar lo que permitió que Elvira Sanjuán hallara un día, al final de una desalentadora jornada de investigación, el material tan poco común que sustenta este libro. Las cartas de amor, anhelo y despecho de dos personas, surgidas de pronto del anonimato gris de la historia, casi dos siglos después de que vivieran aquella relación intensa y dura, son un testimonio excepcionalmente significativo en su género. Lo son por la misma extensión de esta correspondencia. Además, adquieren un especial relieve sobre todo en lo que se refiere a la vida cotidiana y amorosa de personajes sin relevancia pública de la primera mitad del siglo XIX, tanto dentro de la historiografía valenciana como para el conjunto de España.

Al tropezar con las misivas que relacionaban a dos personajes, inicialmente desconocidos y carentes de toda vinculación en el espacio, se puso en marcha la enérgica capacidad investigadora de Elvira Sanjuán. Como resultado, ahora ya no disponemos solo de toda la colección de cartas que ella fue localizando. Tenemos la valiosa identificación de los personajes y la reconstrucción de buena parte de sus contextos vitales y sociales, lo que, en conjunto, supone una singular labor de investigación con una pluralidad de fuentes, que le permite ir atrapando a los dos protagonistas, que apenas habían dejado algún leve indicio de su identidad, de los lugares donde escribían y de la forma en que se incardinaban en el entorno de su época. Al seguir el rastro vital de los dos amantes clandestinos, para saber cuáles fueron sus rumbos antes del inicio de su relación y después de su brusco ocaso, Elvira Sanjuán reconstruye el rompecabezas informativo de sus circunstancias personales de manera muy lograda. Se trata, por tanto, de un importante valor añadido, gracias a la inteligente e ilusionada reconstrucción que ha llevado a cabo la autora.

Esta ráfaga de algunas decenas de cartas clandestinas e íntimas, preservadas excepcionalmente por algún especial designio de uno de los personajes, nos abre un acceso singular a la forma en que se vivieron estas relaciones personales y amorosas en Orihuela y Alicante, hacia el final de la

*Ominosa Década*, bajo el decepcionante reinado de Fernando VII. Sin duda, aquel cambio de época del arranque del siglo XIX implicó transformaciones de especial relevancia en los usos amorosos y en las relaciones personales de género. La historiografía hace tiempo que lo ha planteado: al desaparecer las distinciones estamentales, que antes llegaban a compensar las diferencias de edad y de género, éstas últimas pasaban a convertirse, en principio, en algo inapelable. Si no surgía y se desarrollaba socialmente algún otro criterio corrector, las afirmaciones o los hechos de cualquier mujer, por más alta que fuera su posición jerárquica, quedaban inevitablemente condicionadas por el valor secundario que se asignaba al género femenino. La prueba de fuego de la firmeza masculina debía plasmarse, precisamente, en la capacidad de ponerse en guardia ante los “ardides de mujer”. De una y otra cosa hablaba con especial énfasis, por ejemplo, en 1791 el libreto de Emanuel Schikaneder en *La flauta mágica*. Sin embargo, los consensos predominantes no triunfaron enseguida y, en todo caso, no constituyeron una estructura a salvo de controversias, matices e interpretaciones. Los criterios correctores y las prácticas contradictorias surgieron pronto. Además, se dieron en las orientaciones ideológicas más diversas o sorprendentes, en cuanto tuvieron necesidad de aprovechar determinadas facetas y valores femeninos o trataron de reivindicar el orden que unos u otros consideraban más adecuado para la sociedad moderna.

Esas tendencias generales se vivían de una manera especial en España, convulsionada por la experiencia revolucionaria de la Guerra del Francés y las Cortes de Cádiz. Desde entonces había surgido un reto contundente a dos factores fundamentales que enmarcaban el orden social y las relaciones personales: el régimen familiar de los mayorazgos y muchas instituciones eclesiásticas, vinculadas sistemáticamente a las estrategias familiares. La sistemática interrelación entre estos dos elementos clave había asegurado, con sus restricciones malthusianas a la descendencia y la legitimidad, el rígido margen de equilibrio de la España del antiguo régimen, abrumada a fines del Setecientos al alcanzar la cifra inédita de los once millones de habitantes. Las trayectorias personales y los usos amorosos de los individuos quedaban enmarcados dentro de las posibilidades que les resultaban accesibles en un marco de ese tipo. Debemos entender sus actitudes situándolas en aquel contexto y no ignorando una serie de condiciones que hoy nos en pueden pasar desapercibidas en toda su trascendencia. Así, muchos personajes masculinos del Setecientos, a los que hoy conocemos por su actividad en el mundo seglar, fueron desde muy temprano clérigos menores, capacitados para ordenarse como sacerdotes y ganar en algún momento la prebenda que les asegurase una existencia digna en el marco de una estrategia general que

englobaba a toda la familia. Cualquier posibilidad de contraer matrimonio quedaba afectada por ello. Así el ilustrado de Oliva Gregori Mayans decidió llegado el momento que sería él quien se casaría, en tanto que asignaba las órdenes mayores y una canongía a Joan Antoni, su hermano menor. También entre los abundantes burócratas y militares vascos y navarros podía suceder que una prometedora carrera en la Corte se viera truncada por la necesidad sobrevenida de ponerse al frente del patrimonio familiar, lo que podía compensarse mediante la propuesta de un matrimonio adecuado. O, a la inversa, la clara vocación religiosa del caballero catalán Francesc de Papiol hubo de frustrarse, al fallecer su hermano y convertirse en *hereu* de la casa. El matrimonio relativamente tardío y una elevada proporción de soltería definitiva son características distintivas de la vía histórica del desarrollo occidental.

¿Pero qué significaba para los individuos concretos? ¿Cómo se vivía lo que hoy nos parece implacable doblegamiento de la voluntad personal? ¿Qué compensaciones o transgresiones implicaba o lo hacían viable? ¿Qué expectativas fomentó el ocaso de aquel modelo? Las experiencias de movilidad social y política, la intensificación de los contactos a partir de la Guerra de la Independencia, el declive de los criterios estamentales y el cuestionamiento, apenas aplazado, de los vínculos y de muchas fundaciones eclesiásticas de patrocinio familiar debieron favorecer las desviaciones crecientes con respecto a las pautas establecidas en el desarrollo de las trayectorias vitales de hombres y mujeres y de sus relaciones personales. La transformación que implicaba el desafío liberal significaba también una ocasión para los cambios en las expectativas en este terreno. La definición del alcance de esos cambios, en el caso respectivo de los hombres y las mujeres, no sería solo fruto de la labor legislativa. Estaría influida por las valoraciones, más o menos confrontadas, acerca de las consecuencias de las nuevas transformaciones y de la mejor forma de darles un cauce favorable hacia el futuro. Esto se hizo común al referirse a una ciudadanía que, de manera implícita, era masculina. Pero esas dudas suscitaban, a su vez, la conveniencia de definir de otro modo la formación de las mujeres, dadas las necesidades de los tiempos. Aún a mediados del Setecientos, cuando Gregori Mayans sondeó indirectamente si su prima Margarida Pascual aceptaría casarse con él, pidió también al padre de ésta que enseñara a su hija a escribir. Como proponía el manual del P. Arbiol, no era aconsejable que la escritura formara parte de la instrucción de las jóvenes honradas. ¿Debía seguir siendo así en los tiempos que corrían en la primera mitad del siglo siguiente? La causa patriótica no había triunfado sobre los franceses sin la irrupción espectacular y decisiva de las mujeres. Las viejas certezas se conmovían en muchas partes. Quizás por eso, fue en la época de las Cortes de Cádiz cuando un convento de religiosos oriolano

decidió adquirir una obra que se había traducido al castellano medio siglo atrás: la enciclopedia de la francesa Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, subtitulada *Instrucciones para las señoras jóvenes en la edad de entrar ya en la Sociedad y poderse casar*.

La correspondencia de Antonia López Guardamuro con Pablo Manchón nos sitúa en una vida cotidiana agitada por estas alternativas, en un mundo de profesionales, militares rentistas y pequeños nobles sin título, en las que entonces eran las dos principales ciudades del sur valenciano. La primera, *Tona*, hace un amplio uso de sus recursos —comenzando, desde luego, por la escritura— para desarrollar su intensa vitalidad, un tipo de anhelos y expectativas mal satisfechas que podrían recordar a algunas escritoras románticas, conocedoras de las novedades, a la vez que sujetas a una existencia limitada y frustrante, como lo expresó por ejemplo la alemana Karoline von Günderrode. Tona encuentra la manera de sortear fatigosos compromisos sociales y familiares y las creencias no le suponen un obstáculo. No deja de ser llamativo que Tona se desarrollara en la Orihuela de 1830, situada entonces en el vértice del ultrarrealismo militante. Es significativo que Tona no mencione a ninguna de las conocidas figuras locales de signo absolutista y que, en cambio, algunos indicios permitan relacionarla con el acosado sector liberal. El canónigo Joaquín Jimeno, entonces preso, había sido albacea del muy polémico testamento del noble Mariano Roca de Togores, protagonista de una prolongada relación con una burguesa, Blasa Nogués, y propietario de significativas obras de literatura sobre relaciones amorosas. En el otro lado, el alicantino Pablo parece reunir los aspectos característicamente masculinos de la aspiración a una vida espléndida y de reconocimiento social, sin atenerse quizás a todas las convenciones anteriores de la respetabilidad. Las ansias de expansión vital de ambos no llegaron a sintonizar de forma estable. Los celos de Pablo, que provocarán la ruptura final, parecen sintonizar con la susceptibilidad latente en Benito Pérez Galdós cuando sostenía relaciones con Emilia Pardo Bazán, medio siglo después. Pero el entendimiento generado en la transgresión también podía consolidarse. No resulta extraño que algunas situaciones comparables a las vividas por Tona y Pablo se encuentren en la historia que se hizo célebre, en la Zamora de apenas veinte años después, al iniciarse la relación que unió ya para el resto de sus vidas a Ángela Vidal Herrero, una joven esposa de un militar bastante mayor, y al ingeniero y político Práxedes Mateo Sagasta.

El encuentro intenso y efímero entre la oriolana Antonia y el alicantino Pablo nos trasmite en el estudio de Elvira Sanjuán el palpito, inusualmente directo, de las ilusiones y los desengaños de aquella época, en que se inauguraban las incertidumbres de un tiempo nuevo. La tenaz historiadora de Ibi

---

ha logrado de forma insospechada reconstruir muchos retazos de aquellas vidas, sin dejar de lado la sistemática búsqueda en archivos alicantinos y los recorridos personales por trama urbana oriolana en que se movieron los dos protagonistas. De esta forma nos brinda un trabajo de historia especialmente apasionado y, sobre todo, un motivo para plantear con mayor solidez muchas de las grandes cuestiones en curso. Quienes ahora disponemos, por tanto, de este útil episodio microhistórico tenemos que agradeceréselo.

Jesús Millán  
Valencia y Orihuela, marzo de 2017